

escogido entre los demás; bien que este pueblo carnál y réprobo ya no la escucha, y desconoce é impugna el punto fundamental, el fin y la llave de toda ella.

La Religion Christiana, vuelvo á decir, es la fuente de las verdades mas interesantes al hombre; el manantial mas puro y abundante de la felicidad y de los consuelos, que el hombre puede gustar sobre la tierra; la regla infalible de todos los hombres en todas las coyunturas de la vida; el depósito inalterable, así de los preceptos, cuya observancia justifica al hombre, como de los consejos, cuya práctica lo perfecciona; la salvaguardia de todas las sociedades, el freno necesario del crimen, el único apoyo de la virtud, y la base incontrastable de todos los tronos. Solá ella recomienda todas las virtudes, y hace que sean amadas y practicadas; proscribete todos los vicios, y los extirpa; cura de todas las pasiones; purifica y santifica todas las inclinaciones; arregla invariablemente todas las condiciones, humilla á las mas elevadas, ennoblece á las mas humildes, consuela en todos los males, y hace veces de toda casta de bienes.

Pues ¿cómo es que una Religion semejante no ha reunido en su favor los sufragios,

el amor, el reconocimiento, la admiracion y la veneracion de todos los hombres? ¿Sino que antes bien vió ya al tiempo de su nacimiento, que todas las pasiones, sus enemigas, se ligaban contra ella, y le declaraban una eterna guerra? La supersticion de la ciega y cruel idolatría la desconoció y persiguió en los principios, y aun ahora la desconoce y persigue tambien el fanatismo de la irreligion, tan ciego, tan intolerante como la idolatría, y concebido tambien en el seno de la ignorancia y de las pasiones.

Aunque la Religion Christiana no ha sido completa y perfectamente revelada por Jesu-Christo, su divino Autor, hasta despues de quatro mil años, época en que los Apóstoles la promulgáron y esparciéron por toda la tierra; sin embargo, no por eso dexa de ser mucho mas antigua; de suerte que su origen se ha de ir á buscar al origen del mundo. Luego que pecó el primer hombre, le fue prometido á él y á toda su posteridad un Salvador; *una semilla divina que pisará la cabeza de la serpiente infernal.* (Gen. 3) Además de esto, el Autor y consumidor de nuestra fe, *el Cordero de Dios*, dicen los Libros Sagrados, *fué inmolado desde el origen del mundo:* por-

que desde el origen del mundo, (*Apoc. 10.*) esta gran víctima fué el único recurso, y la salvacion del género humano; todos los sacrificios figuraban y prometian el sacrificio de Jesu-Christo; todas las gracias y todas las virtudes sobrenaturales eran el precio de su sangre y el fruto de sus méritos; y la fe y esperanza en el Mesias formáron el carácter distintivo y esencial de todos los justos.

»Seguid, dice Bossuet, (*Hist. Univ. seg. part.*) exáctamente la historia de los dos pueblos, esto es, del pueblo Judío y del Cristiano, y notad cómo Jesu-Christo hace la union de uno con otro; puesto que ya esperado, ya dado, ha sido en todos tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios. Ved, pues, la Religion siempre uniforme, ó por mejor decir, siempre la misma desde el origen del mundo; pues siempre ha reconocido al mismo Dios por Autor, y al mismo Christo por Salvador del género humano.“

Dios reveló al primer hombre las verdades esenciales y fundamentales del Christianismo, que son tambien el fundamento necesario de las costumbres y de la sociedad: estas verdades se transmitiéron á sus descendientes por

medio de la enseñanza de las cabezas de familia, ó de la tradicion oral; y esta es *la Ley de la naturaleza*, ó la primera revelacion. Pero las pasiones y la idolatría, hija de las pasiones, alteráron de mas á mas esta divina revelacion, y casi la borráron: por tanto Dios se escogió un pueblo, lo separó de los demás, y lo hizo depositario de la revelacion, para dar de este modo un exemplo palpable de su eterna providencia, como dice Bossuet. Escribió, pues, él mismo sobre la piedra la ley que intimaba á su pueblo, la qual encierra los elementos de la Doctrina Christiana; y esta fué *la Ley escrita*, ó la segunda revelacion. Pero es de advertir, que así los Patriarcas baxo la Ley de la naturaleza, como los verdaderos Israélitas baxo la Ley escrita, fuéron ya Christianos, segun el language de los Padres: y no solamente la Ley Judáyca, sus ritos, sus sacrificios, sus preceptos, sino tambien la historia entera del pueblo Judío, es cabalmente la figura de la Ley Christiana, esto es, de lo que debia suceder al pueblo Christiano y á su divino Legislador. *Omnia in figurâ contingebant illis*. Todo era figura en los Judíos, nos dice el Apóstol.

Apenas se cumplió el tiempo determinado

en los decretos eternos y señalado por los Profetas, vino al mundo el Mesias prometido desde el principio, predicho por los Profetas, y figurado por los justos y por toda la ley. Cumplió los oráculos que hacian relacion á él, y no tanto vino á abolir la Ley, quanto á perfeccionarla y consumarla. Sus Discípulos, fieles al orden que habían recibido, la predicaron á todas las naciones; é insensiblemente quedó destruido el imperio de la idolatría, sobre cuyas ruinas se estableció el Christianismo; no solamente sin armas, sin auxilios humanos, y sin valerse de la eloqüencia y de la sabiduría profana, sino tambien triunfando de todos los obstáculos que el infierno y los hombres le opusieron: y esta es *la Ley de gracia*, la última revelacion divina, que debe subsistir y formar ciudadanos para el cielo hasta la consumacion de los siglos.

Contra esta Religion, venida del cielo para hacer feliz á la tierra, se conjuraron inmediatamente todas las Potencias, todos los falsos Sábios del mundo, todas las pasiones, con el fin de sofocarla en la cuna.

Escuchemos en un asunto tan grande á la mayor lumbrera de la Iglesia Galicana. »La idolatría, dice el gran Bossuet, nos parece

»la misma debilidad, y por tanto se nos hace difícil que haya sido necesaria tanta fuerza para destruirla; pero antes bien su extravagancia hace ver la dificultad que habia en vencerla, y un desorden tan prodigioso del buen sentido manifiesta bastante quán vicioso era el principio. El mundo habia envejecido en la idolatría, y encantado con sus ídolos, se habia hecho ya sordo á la voz de la naturaleza que clamaba contra ellos. ¿Qué poder no se necesitaba para traer á la memoria de los hombres el verdadero Dios, tan profundamente olvidado, y para sacar al género humano de tan prodigioso adormecimiento!«

»Todos los sentidos, todas las pasiones, todos los intereses combatian en favor de la idolatría, porque patrocinaba los placeres: las diversiones, los espectáculos, en una palabra, la disolucion era una parte del culto divino. Las fiestas no eran sino juegos, y no habia parte alguna de la vida humana, de donde estuviese mas cuidadosamente desterrado el pudor, que de los misterios de la Religion. »Esto supuesto, ¿cómo era posible, que unas almas tan corrompidas se acostumbraesen á la regularidad de una Religion verdadera, casta, severa, enemiga de los sentidos, y úni-

»camente adicta á bienes invisibles? San Pablo
 »le hablaba á Felix, Gobernador de Judéa,
 »acerca de la justicia, de la castidad, y del
 »juicio venidero; y asombrado este hombre le
 »dixo: *retirate por ahora, que yo te llama-*
 »*ré quando sea necesario.* (Act. Ap. 24.) Es-
 »tos discursos eran incómodos para un hombre
 »que queria gozar sin escrúpulo, y á qualque-
 »ra precio, de los bienes de la tierra.“

»¿Quereis ver conmovido el interés, aquel
 »poderoso resorte que da movimiento á las
 »cosas humanas? En tiempo de aquel gran des-
 »crédito que las predicaciones de San Pablo
 »acarreaban á la idolatría en toda el Asia, se
 »congregaron los Artistas que ganaban la vi-
 »da haciendo templos chiquitos de plata de la
 »Diana de Éfeso, y el mas afamado de todos
 »les representó á los demas que su ganancia
 »iba á cesar: y no solamente, les dixo, *esta-*
 »*mos á riesgo de perderlo todo, sino que*
 »*tambien el templo de la gran Diana será*
 »*luego despreciado, y quedará insensiblen-*
 »*te destruida la magestad de la que es ado-*
 »*rada en toda el Asia, y aun en todo el*
 »*universo.* (Act. Ap. 19.)

»¡Oh! ¡Cuán poderoso y cuán osado es el
 »interés, quando puede cubrirse con capa de re-

»ligion! No fué menester mas para inflamar
 »á todos los Artistas; los quales salieron in-
 »mediatamente de tropel gritando como deses-
 »perados, *la gran Diana de los Efesios*, y
 »arrastrando á los compañeros de San Pablo
 »hácia el teatro donde estaba congregada toda
 »la Ciudad. Doblaron entonces los gritos, y
 »por espacio de dos horas resonó la plaza pú-
 »blica con estas palabras: *la gran Diana de*
 »*los Efesios.* Apenas los Magistrados pudieron
 »arrancar de las manos del pueblo á Pablo y
 »á sus compañeros, y temian que sucediesen
 »mayores desórdenes todavia en aquel tumul-
 »to. Unid tambien al interés de los particula-
 »res el interés de los Sacerdotes, cuya caída
 »era consiguiente á la de sus Dioses; unid á
 »todo esto el interés de las Ciudades que de-
 »bian su lustre á la falsa religion, como por
 »exemplo, la Ciudad de Éfeso, que debia á su
 »templo los privilegios de que gozaba, y la
 »concurrancia de extrangeros que la enrique-
 »cian. En tal conflicto, ¿qué tempestad no de-
 »bia levantarse contra la Iglesia, que acababa
 »de nacer? ¿Y nos admiraremos de que los
 »Apóstoles fueran tan frecuentemente aporra-
 »dos, apedreados, y dexados ya por muertos
 »en medio del populacho? Pero todavia falta

»que un interés mayor ponga en movimiento
 »una máquina mas prodigiosa; resta todavía,
 »que el interés del Estado haga obrar al pueblo
 »Romano, al Senado y á los Emperadores.“

»Hacia ya largo tiempo, que los Decretos
 »del Senado prohibian las Religiones extran-
 »geras: los Emperadores habian abrazado esta
 »misma política; y en aquella célebre delibe-
 »racion, en que se trataba de reformar los abu-
 »sos del Gobierno, uno de los principales Re-
 »glamentos, que Mecenas propuso á Augus-
 »to, fué impedir que se introduxesen noveda-
 »des en materia de Religion, las quales oca-
 »sionaban por lo comun peligrosas convulsio-
 »nes en los Estados. La máxima era constan-
 »te; porque ¿qué cosa podia conmovér mas
 »violentamente los espíritus, y arrastrarlos á
 »cometer los mas extraordinarios excesos? Pe-
 »ro Dios queria hacer ver, que el estableci-
 »miento de la verdadera Religion no excitaba
 »semejantes turbulencias; maravilla, que por
 »sí sola demuestra al Autor de esta obra. Por-
 »que ¿quién no se admiraría de ver, que en
 »el espacio de trescientos años enteros, en que
 »padeció la Iglesia las mayores crueldades, que
 »pudo inventar la rabia de los perseguidores;
 »entre tantas sediciones y guerras civiles, en-

»tre tantas conjuraciones contra la persona de
 »los Emperadores, no se encontró jamás un
 »solo Christiano, ni bueno ni malo? Los mis-
 »mos Christianos provocan á sus mayores ene-
 »migos, para que citen siquiera uno. Jamás
 »hubo ninguno: tan grande era su veneracion
 »al poder público, que la Doctrina Chris-
 »tiana les inspiraba; y tan profundamente se
 »habian impreso en todos los corazones aque-
 »llas palabras del Hijo de Dios: *dad al César*
 »*lo que es del César, y á Dios lo que es de*
 »*Dios. (Mat. 22.)*

»Esta admirable distincion encendió en los
 »corazones una luz tan clara, que jamás de-
 »xáron ya los Christianos de respetar la ima-
 »gen de Dios en los Príncipes perseguidores
 »de la verdad. Este carácter de sumision res-
 »plandece de tal manera en sus Apologias, que
 »aun ahora mismo inspiran á los que las leen
 »el amor al orden público, y por él se ve
 »que los Christianos no esperaban sino de so-
 »lo Dios el establecimiento del Christianismo.
 »Unos hombres tan determinados á morir, y
 »que estaban admitidos en todo el Imperio y
 »en todos los exércitos, ni siquiera una vez
 »se sabe que huyéran en tantos siglos de per-
 »secuciones. Se prohibian á sí mismos, nó so-

»lamente las acciones sediciosas , sino tambien
 »la murmuracion. La mano de Dios obraba en
 »todo esto , y ninguna otra mano que la suya
 »hubiera podido contener á unos espíritus ex-
 »citados de tantas injusticias.

»A la verdad , era duro para los Christia-
 »nos que se les tratase de enemigos públicos,
 »y de enemigos de los Emperadores , quando
 »no respiraban sino obediencia , y sus votos
 »mas fervorosos tenían únicamente por objeto
 »la salud de los Príncipes , y la felicidad del Es-
 »tado ; pero la política Romana se creia com-
 »batida en sus fundamentos , quando sus Dio-
 »ses eran despreciados. Roma se gloriaba de
 »que era una Ciudad Santa por su fundacion,
 »consagrada desde su origen por auspicios di-
 »vinos , y dedicada por su autor al Dios de
 »la guerra. No le faltó mucho para creer mas
 »real la presencia de Júpiter en el Capitolio,
 »que en el cielo ; por lo menos creía que de-
 »bia sus victorias á su Religion , y que por
 »ella habia domado á las Naciones y á los Dio-
 »ses ; porque así ni mas ni menos se discurria
 »en aquel tiempo. De manera , que así como
 »los Romanos eran señores de los demás hom-
 »bres , del mismo modo sus Dioses debian ser
 »señores de los demás Dioses. Por tanto , quan-

»do Roma subyugó á la Judéa , contaba al
 »Dios de los Judíos en el número de los Dio-
 »ses que habia vencido ; por consiguiente no
 »era posible que este reynará , sin que se cre-
 »yéran destruidos los fundamentos del Impe-
 »rio , y despreciadas las victorias y el poder
 »del pueblo Romano. Los Christianos , pues,
 »enemigos de los Dioses , eran mirados al mis-
 »mo tiempo como enemigos de la República ;
 »y los Emperadores cuidaban mas de extinguir-
 »los , que de exterminar á los Partos , á los
 »Marcomanes y á los Dacios : por cuyo mo-
 »tivo , el Christianismo abatido era pintado en
 »las inscripciones tan pomposamente como los
 »Sármatas derrotados. Pero en vano se gloria-
 »ban los Romanos de que habian destruido
 »una Religion , que antes se aumentaba baxo
 »el hierro y en medio de las llamas.“

A la violencia de la persecucion se unió
 tambien la obscuridad de la calumnia. Por mas
 que los Christianos provocaban con seguridad
 á sus enemigos , para que convenciesen de qual-
 quiera crimen á algun Christiano ; este nom-
 bre sin embargo era objeto del aborrecimiento
 público , y parecia que por sí solo daba idea
 de todos los crímenes. Sus juntas , donde so-
 lamente se recomendaba la práctica de todas

las virtudes, y la fidelidad á las leyes de sus bárbaros perseguidores, eran llamadas juntas de disolucion y de horrores; y aquellos á quienes el Evangelio habia elevado á una perfeccion mas que humana, eran acusados de crímenes que mira con horror la naturaleza.

Por mucho tiempo fuéron condenados á muerte los Christianos; y tomaron por modelo, como dice Orígenes, el divino silencio de Jesu-Christo que nada respondió á sus calumniadores, siendo así que podia haberlos confundido con una sola palabra. *Jesus autem tacebat.* Dexáron, pues, hablar á sus virtudes, á su humildad, á su caridad y á su paciencia: y no presentáron mas justificacion que su innocencia.

Una Apologia semejante, la mas eloqüente y la mas invencible de todas, no tuvo efecto: sin embargo hubiera bastado por sí sola para convencer á hombres menos preocupados, menos ciegos y menos furiosos que los enemigos y verdugos de los Christianos; los quales si llegóron por último á abrir la boca, y confundieron la impostura, nó tanto fué por su propio interés, quanto por el honor de su Religion, y por la salvacion de sus ciegos enemigos. En efecto, los Christianos pusieron en

claro la divinidad de su creencia, la sublimidad de su moral, la santidad de sus juntas, y de su conducta particular.

Algunos Christianos zelosos é ilustrados, por vengar su Religion y justificar al mismo tiempo á sus hermanos, escribiéron algunas Apologias igualmente sólidas que moderadas, las quales han quedado siempre sin réplica. Se propusieron dos objetos, demostrar á los Gentiles la extravagancia é impiedad de la idolatría, y hacer ver la verdad y santidad del Christianismo, y la innocencia de los Christianos: pero les estaba sábiamente prohibido revelar á los profanos el secreto de nuestros misterios, y *echar margaritas á puercos.*

Por este motivo no nos interesan ya tanto aquellas primeras Apologias, como interesaban quando se publicáron. Nosotros nos avergonzamos del absurdo culto de nuestros padres, y de las acusaciones que intentáron contra los Christianos; y no debemos buscar aquí respuestas á la mayor parte de las dificultades de los modernos enemigos del Christianismo.

Luego que los hereges comenzáron á impugnar los dogmas de la Iglesia Católica, y los Filósofos estudiáron nuestros libros, mudó el estado de la disputa; y nuestros Apologis-

tas tuviéron ocasion de resolver algunas objeciones directas contra distintos artículos de nuestra creencia : lo que principalmente se notará en el Tratado de Tertuliano contra Marcion, y en la respuesta de Orígenes á Celso.

Los primeros Apologistas de los Christianos fuéron Quadrato y Aristídes, Filósofo Ateniense, los quales presentáron sus Apologias al Emperador Adriano. Los antiguos Escritores Eclesiásticos hablan de ellas con mucho elogio, principalmente Eusebio y San Gerónimo. Nada nos ha quedado de la segunda Apologia, ni de la primera tampoco mas que un corto fragmento que Eusebio ha conservado. Vease á Fleuri, *t. 1. de la Hist. Eccles.* Tillemont *tom. 2. de las Mem. para la Hist. Eccles.* Dupin *nuev. Bibliot. de los Aut. Eccles. tom. 1.*

San Justino, Atenágoras, Teófilo de Antioquía, Minucio Felix, Tertuliano y Orígenes compusieron mas adelante, y con el mayor cuidado las Apologias que presentamos al público.

Hay algunas otras que dexamos de traducir ó de extractar, porque ó no contienen cosa alguna de importancia, que no se halle en las que acabamos de nombrar; ó no tienen otro objeto que las extravagancias é impiedades del Paganismo, y serían por tanto inútiles y en-

fadosas para nuestro siglo; ó acaso tambien no se hallan ventiladas con bastante exáctitud y fuerza las verdades de la Religion: lo que se puede aplicar al *Tratado de Arnobio contra los Gentiles*, y á las *instituciones divinas* de su discípulo Lactancio, que por la hermosura de su language mereció el nombre de *Cicerón Christiano*.

Hemos procurado con todas nuestras fuerzas satisfacer los deseos del Clero de Francia en sus Juntas Generales desde 1770, para cuyo fin comenzamos por una edicion correcta de las dos obras maestras de Tertuliano, *el Apologético*, y *las Prescripciones*, con la traduccion y notas; y ahora publicámos esta coleccion de las *Apologias antiguas*, que ha sido tambien aprobada por el mismo augusto Cuerpo.

Por acomodarnos en un todo al espíritu del Clero de Francia, y por excusar tambien á los Lectores la repeticion de mil menudas relaciones acerca de la idolatría, que eran muy importantes antiguamente, pero que al presente no serían del caso, hemos compendiado muchas de las Apologias antiguas, ciñendonos á presentar lo substancial de ellas, sin omitir cosa alguna que pueda contribuir á la defensa de la Religion, ó á la edificacion de los fieles, que son

los dos objetos que jamás hemos perdido de vista.

No se ha impreso el texto de estas Apologías, ya porque no las hemos traducido literalmente en un todo, ya también porque tenemos excelentes ediciones de casi todas estas obras; merced al zelo y trabajos de la Congregación de San Mauro.

Nuestra principal obligación es representar fielmente estos antiguos y preciosos monumentos de los días más floridos de la Iglesia, de la fe, de las luces, y de la santidad de sus hijos. Pero no podemos tampoco perder de vista las necesidades de un siglo, cuya libertad desenfrenada de pensar y de escribir acerca de la Religión, parece, que forma su carácter distintivo; y en el qual la alteración, y (no temamos decirlo) la extinción total de los principios de la fe, han precipitado y consumado la decadencia de las costumbres.

La irreligion, ni es menos turbulenta, ni menos absurda, que aquella grosera idolatría tantas veces confundida por nuestros doctos Apologistas; todavía es más culpable. ¡Ha! Aquellos miserables pueblos, *sentados en medio de las tinieblas, y de la sombra de la muerte*, (Isai. 9.) y que por espacio de tantos siglos han chupado con la leche del error

y la superstición, no veían las huellas de las infinitas perfecciones de Dios, que resplandecen en todas sus obras, ni oían tampoco la voz de los cielos, y de toda la naturaleza, que publican tan eloqüentemente la grandeza y el poder de su Autor. Pero los *Espíritus fuertes* (1) de nuestros días, nacidos en el seno de la luz, han formado las tinieblas, de que están cercados, y en el exceso de su frenesí aspiran á extenderlas sobre toda la haz de la tierra. Pretenden á qualquiera precio sacudir el yugo de una autoridad insoportable al orgullo y á las pasiones; blasfeman de lo que saben y de lo que ignoran; no se avergüenzan de impugnar las verdades fundamentales y saludables, que se ven precisados á confesar en secreto; insultan á aquella revelación, á quien son deudores de las nociones, que tanto los envanecen; y niegan á voz en grito al Dios vengador, á quien hallan en el fondo de su conciencia.

Los fieles, que lamentan este escándalo, y están poseídos del zelo de su santa ley, (1. *Malach. 2.*) como los Macabeos, tributa-

(1) ...¿Saben por ventura, llaman así por ironía? *Carac. dice la Bruyere*, que los *cap. ult.*

rán el debido homenaje al mérito y solidéz de nuestras antiguas Apologias, y encontrarán en ellas vigorosos argumentos para probar directamente la Religion, y destruir las objeciones de nuestros pretendidos Filósofos.

de las verdades de la fe. Pero los Espíritus fuertes (1) de nuestros días, nacidos en el seno de la luz, han formado las tinieblas, de que están cercados, y en el exceso de su ferocidad aspiran á extenderlas sobre toda la faz de la tierra. Pretenden á cualquier precio sacudir el yugo de una autoridad insoportable al orgullo y á las pasiones; blastaman de lo que saben y de lo que ignoran; no se avergüenzan de impugnar las verdades fundamentales y sólidas, que se ven precisados á contestar en secreto; insultan á aquella revelacion, á quien son deudores de las nociones, que tanto los avanzan; y niegan á voz en grito al Dios vengador, á quien hallan en el fondo de su conciencia.

Los fieles, que lamentan este escándalo, y están poseídos del celo de su santa ley, (1. M. 2.) como los Macabeos, tributaron su sangre por la gloria de su ley, y su libertad.

APOLOGIAS DE SAN JUSTINO EN FAVOR DE LOS CRISTIANOS.

ADVERTENCIA DE SAN JUSTINO, celebre filósofo y Martir, nació á principios del segundo siglo, en la Provincia de Sicilia, llamado también *Justinus*, del nombre de su padre, que habian enviado á aquella parte. Hizo Christiano, como los dice en sus Apologias; despues de haber recorrido todas las sectas de los Filósofos, cuyo vicio y falsedad llegó á conocer, movido de la constancia de los Mártires Christianos en proveer la muerte, y en confesar su Religion en medio de los mayores tormentos. Animado, pues, de un zelo tan illustre, como intrepido, en favor del Christianismo, lo defendió diligentemente con sus escritos, lo honró con su nombre, y su sangre por unos días de su vida, y su sangre por otros tantos años de su vida, como se ve en sus Apologias y en su Confesion.

San Justino, celebre filósofo y Martir, nació á principios del segundo siglo, en la Provincia de Sicilia, llamado también *Justinus*, del nombre de su padre, que habian enviado á aquella parte. Hizo Christiano, como los dice en sus Apologias; despues de haber recorrido todas las sectas de los Filósofos, cuyo vicio y falsedad llegó á conocer, movido de la constancia de los Mártires Christianos en proveer la muerte, y en confesar su Religion en medio de los mayores tormentos. Animado, pues, de un zelo tan illustre, como intrepido, en favor del Christianismo, lo defendió diligentemente con sus escritos, lo honró con su nombre, y su sangre por unos días de su vida, y su sangre por otros tantos años de su vida, como se ve en sus Apologias y en su Confesion.

APOLOGIAS
DE SAN JUSTINO.

APOLOGIAS DE SAN JUSTINO
EN FAVOR DE LOS CHRISTIANOS.

ADVERTENCIA.

San Justino, célebre Filósofo y Martir, nació á principios del segundo siglo, en la Provincia de Samaria, y en la Ciudad de Sichem, llamada también *Flavia*, del nombre de una Colonia, que Vespasiano (*Tito Flavio*) ó sus hijos habian enviado á aquella parte. Hizose Christiano, como nos lo dice en una de sus Apologias, despues de haber recorrido todas las sectas de los Filósofos, cuyo vacío y falsedad llegó á conocer, movido de la constancia de los Mártires Christianos en provocar la muerte, y en confesar su Religión en medio de los mayores tormentos. Animado, pues, de un zelo tan ilustre como intrépido en favor del Christianismo, lo defendió sólidamente con sus escritos; lo honró con su ciencia y sus costumbres, y por último lo selló con su propia sangre: pues fué condenado á muerte por Rústico, Prefecto de Roma, y martirizado

por los años de 167 de Jesu-Christo.

Muchas de las obras de San Justino se han perdido. Las principales que nos quedan, escritas todas en griego, son sus dos Apologias en favor de los Christianos, el Diálogo con el Judío Trifón, dos Tratados dirigidos á los Griegos, y un libro de la Monarquía, ó de la unidad de Dios. Hay en esta última obra algunos errores ú opiniones singulares, entre otras sobre el pretendido reynadó de mil años de Jesu-Christo y de los Fieles en Jerusalén, antes de la última venida del mismo Jesu-Christo. Por lo demás, aun para proponer estas opiniones, usa San Justino de mucha reserva y modestia, sin condenar, dice, *á aquellos Christianos de la pura y religiosa creencia, que no las siguen.* Jamás se separó de la unidad de la Iglesia Católica, que nada habia definido todavía entonces, acerca de estas opiniones. Hay además otras muchas obras que tambien se atribuyen á San Justino.

Se advierte en las obras de este Santo Martir, segun el sentir del Crítico mas capaz de juzgar de ellas (Focion), mucha erudicion, y un profundo conocimiento de la Filosofia y de la historia profana. Don Prudente Marrant, sábio Benedictino de la Congregacion de San

Mauro, dió en 1742 una edicion de San Justino, de Atenágoras y de Teófilo de Antioquía, que ha merecido la aprobacion de los sábios, y nos ha servido de mucho.

La primer Apologia de San Justino, dirigida al Emperador Antonino Pio, se divide comunmente en tres partes. En la primera se queja el Santo Martir, de que los Christianos son condenados, sin ser conocidos, por solo su nombre, y por hablillas calumniosas: quejas, que aun despues fuéron renovadas con igual fundamento por muchos de nuestros Apologistas: y de aquí pasa á exponer la pureza de la moral de los Christianos, y la santidad de sus costumbres. En la segunda, establece algunos dogmas principales del Christianismo, y prueba la divinidad de la Religion por las profecías. En la tercera, y con el fin de destruir las calumnias esparcidas contra los Misterios y las Juntas de los Christianos, refiere sin rebozo lo que pasaba en ellas.

Aunque el estilo carece de adornos, respira sin embargo por todas partes la sencillez, el candor, la modestia, y la sábia libertad del Christianismo. En toda la obra se descubre el alma de un verdadero Filósofo, perfeccionado con el estudio y con la práctica

de la Religion. Se ha procurado conservar en la traduccion el carácter precioso y original de este Santo Martir.

Pasado algun tiempo, compuso San Justino otra nueva Apologia en favor de los Christianos. En las antiguas ediciones de este Padre, confundiendo el orden de los tiempos, se ha colocado esta última Apologia, que es indubitablemente la segunda, antes que la primera, dirigida á Antonino por los años de 150 de J. C. siendo así que la segunda va dirigida al Senado de Roma, baxo Marco Aurelio, sucesor de Antonino. El testimonio de Eusebio está expreso en esta parte.

San Justino escribió esta última Apologia, mientras la persecucion de Marco Aurelio, quejandose de la injusticia de los Magistrados, y haciendo ver, que no eran perseguidos los Christianos, sino á causa de su adhesion á la verdad, á la virtud, al culto de Dios, y con el fin de desengañar y convertir, si fuera posible, á sus crueles enemigos.

Nos ha parecido muy inútil traducir esta segunda Apologia de San Justino, puesto que en la primera se halla comprehendido con corta diferencia todo quanto hay en la segunda, que interese á nuestro objeto. Únicamente he-

mos tenido por conveniente extractar las respuestas de San Justino á tres objeciones de los Paganos, con algunas observaciones que hace en favor de la Religion Christiana.

DE SAN JUSTINO.